

calibrite

colorchecker classic

ALBUM BECQUER

DIBUJOS DE VALERIANO COMENTARIOS DE GUSTAVO ADOLFO



EDITORIAL "ARTE HISPÁNICO"
MADRID

PA 2782

36.21.5.
(E)



3-D-23

mm

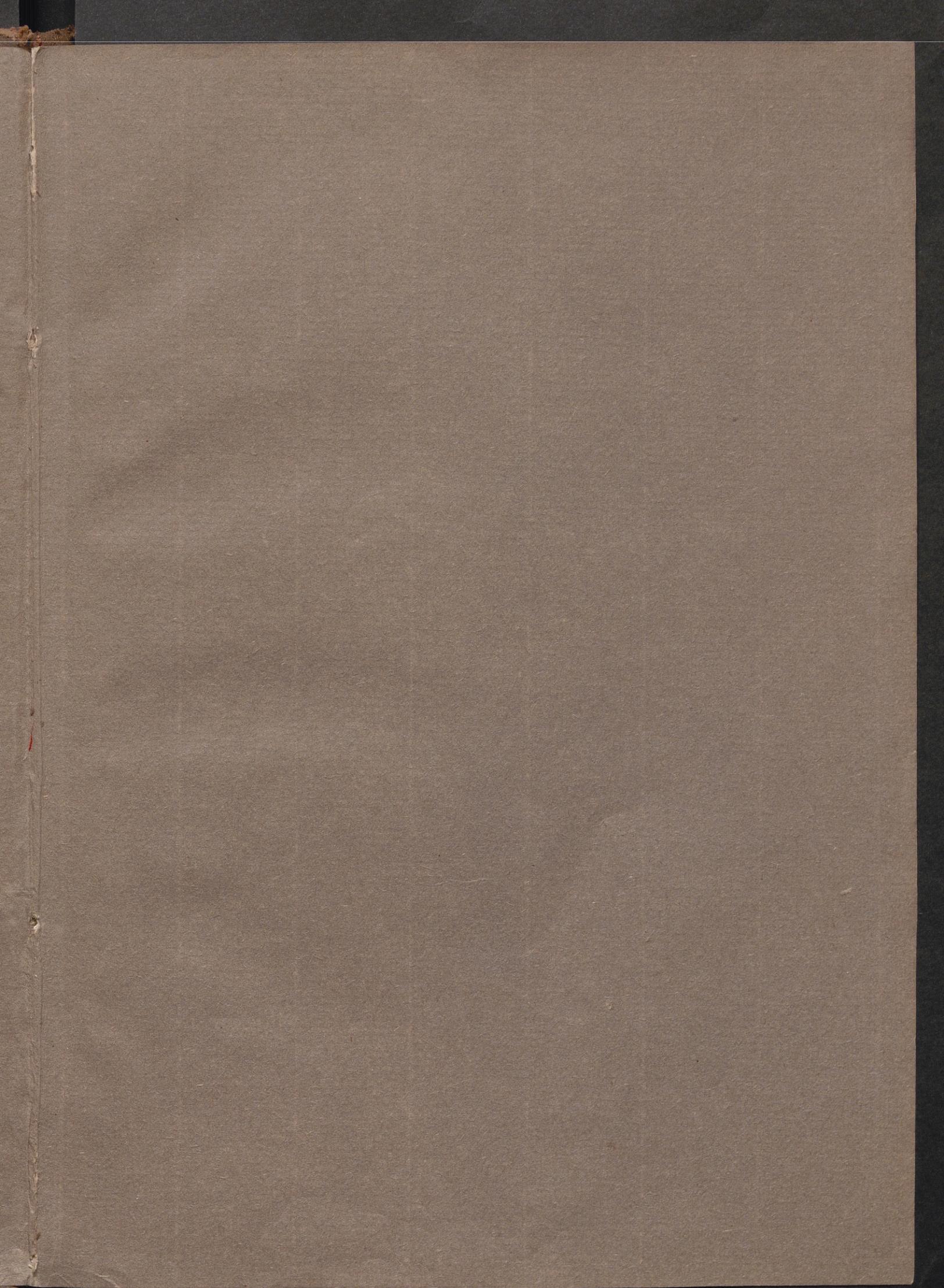
ALBUM
BECQUER

EDITORIAL "ARTE HISPÁNICO" MADRID

10448

No 52 =
Edic. Príncipe

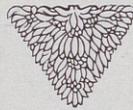

Tr Sig.: ~~10440~~ 7A-2782
Tit.: Album Bécquer
Aut.: Becquer, Valeriano
Cód.: 1000109

57
10148
PA 2782
B
36.21.5.
(E)

ALBUM BECQUER

DIBUJOS DE COMENTARIOS DE
VALERIANO GUSTAVO ADOLFO



EDITORIAL "ARTE HISPÁNICO"
===== M A D R I D =====

3-□-23

Editorial "Arte Hispánico"

Directores: { Alberto Ghiraldo.
 { F. Iglesias Figueroa.

Casa impresora: Sáez Hermanos.
Calle del Norte, 21.-Madrid.

VALERIANO BECQUER



El día 23 de septiembre de 1870, día gris, anuncio del otoño cercano, es enterrado Valeriano Becquer, en el cementerio de San Lorenzo. Ante la abierta sepultura que espera los restos del artista, para estrecharlos en eterno y apretado abrazo, un cortejo de hombres tristes, graves y pensativos, forma un ancho círculo. La obra maravillosa de Domingo Theotocopuli—que contempla la marcha de los siglos desde la toledana parroquia de Santo Tomé, bajo las clamorosas campanas que cantan en su rojiza torre mudéjar—, vuelve a vivir en esta tarde otoñal en que el cuerpo de Becquer llega a la madre tierra. No son hidalgos engolados, cubiertos con negros ropones sobre los que resalta la brillante cruz de las espadas, como los que forman el cortejo en el supremo cuadro del Greco. Son un grupo de artistas y hombres de letras, que visten negras y cerradas levitas y cubren sus cabezas con altas y brillantes chisteras: Casado del Alisal, Fernanflor, Vallejo, Rodríguez Correa, Pradilla, Narciso Campillo, Roberto Robert, Eusebio Blasco, Eulogio Florentino Sanz; resplandores de la inmensa hoguera del romanticismo, que, al morir los hermanos Becquer, lanza sus últimos y definitivos destellos.

* * *

Valeriano Becquer nace en Sevilla el año 1834. Hijo del célebre pintor Joaquín Domínguez Becquer, que inmortalizó tantas escenas de costumbres andaluzas, quedó, al morir éste, en la más completa orfandad. Entró en el colegio de San Diego, que dirigía don Alberto Lista, y allí su única distracción era copiar cuanto veía, llenando con sus dibujos, libros y cuadernos. Cuando salió del colegio empezó a estudiar pintura. En Sevilla quedaron sus obras de aquel tiempo; obras sin terminar, bocetos hechos precipitadamente, pues no teniendo más medios de vida que su trabajo, carecía del reposo y la serenidad necesarios para lograr la obra perfecta. Y, sin embargo, desde que aparecieron sus primeros apuntes, la curiosidad de la gente empezó a despertarse ante aquellos bocetos de principiante, en los que brillaba la llama del genio.

Sevilla empieza a ser ya estrecho marco para su inquieta fantasía. Cuando por las tardes pasea solitario por las márgenes del Guadalquivir, en el canto de las aguas rumorosas escucha la voz acariciadora de la gloria que le llama, extendiendo hacia él sus brazos de ensueño. Y hacia ella va, sin importarle los días de lucha y miseria que le esperan en el camino, interminable camino sin el milagro de luz de una estrella.

Y, nuevo peregrino del arte, en el otoño de 1861 llega a Madrid Valeriano Becquer, donde le espera su hermano Gustavo Adolfo, que casi desconocido aún, trabaja infatigable y acaricia gigantescos proyectos, algunos de los cuales como la publicación de «Los Templos de España», su

obra cumbre, había realizado ya. La lucha es difícil, pero su fuego todo lo abrasa, y la miseria, cuando llega al lado de ellos, encuentra en sus rostros un gesto de confianza y desdén.

Ya no se separan nunca los dos hermanos. Sus espíritus forman una sola y gigantesca llama en la que se confunden las mismas aspiraciones, los mismos sueños. Sus vidas, unidas por lazos invisibles, caminan juntas por la tierra, mientras sus almas, unidas también, se pierden por luminosos y celestes senderos donde la gloria les espera.

El año 64 marchan al Monasterio de Veruela, buscando el poeta un poco de salud para su cuerpo enfermo, los jirones de vida que fué dejando día por día en los zarzales de su senda. El silencio, la música del silencio, que sólo a los elegidos se ofrece, les espera en el sombrío monasterio abandonado. Por las tardes, cuando el sol se esconde detrás de los altos picos del Moncayo y empiezan a brillar en el cielo las primeras estrellas—lágrimas temblorosas—, el pintor y el poeta, sentados en los escalones de piedra de la cruz conocida por «la Aparecida», que abre sus brazos a la entrada del piadoso recinto, ven pasar por sus imaginaciones, en tropel confuso, los personajes a quienes dieron vida en sus leyendas y en sus cuadros: guerreros y trovadores, monjes y peregrinos, y, destacándose sobre todos, un luminoso y único perfil de mujer...

* * *

Llega la revolución del 68. Valeriano pierde una pensión que tenía y Gustavo queda cesante del empleo oficial que desempeñaba. Y otra vez la lucha, la abrumadora lucha, el tormento de cada día, de cada hora. Pero esta racha de infortunio dura poco. Don Eduardo Gasset y Artime, funda «La Ilustración de Madrid», de cuya dirección literaria se encargó Gustavo, y en la que Valeriano dejó las huellas más profundas de su inspiración. En ella se publicaron «El pordiosero», «Sepulcro de Garcilaso», «Tipos de Soria», «Tipos de Avila», y otros.

En septiembre del año 70, noveno mes de vida de «La Ilustración», muere Valeriano y el 29 de diciembre del mismo año el alma de Gustavo Adolfo traspasa los límites de la eterna noche...

* * *

Han pasado cincuenta y cinco años desde el día gris en que un cortejo de hombres, graves y melancólicos, vió perderse en el seno de la madre tierra, confundirse con ella, el cuerpo exangüe del artista genial. Indiferencia, olvido, incomprensión, falta de sensibilidad, fueron losa de plomo que pesó sobre la obra del artista desde el momento que la tierra abrazó sus restos. Pero como la obra del genio lleva en sí misma el poder de resurgir de sus cenizas, hoy Valeriano Becquer se incorpora nuevamente a la vida, rompe el manto de tinieblas su luz poderosa...

Y brilla una nueva estrella en el cielo del arte.

Editorial «Arte Hispánico»

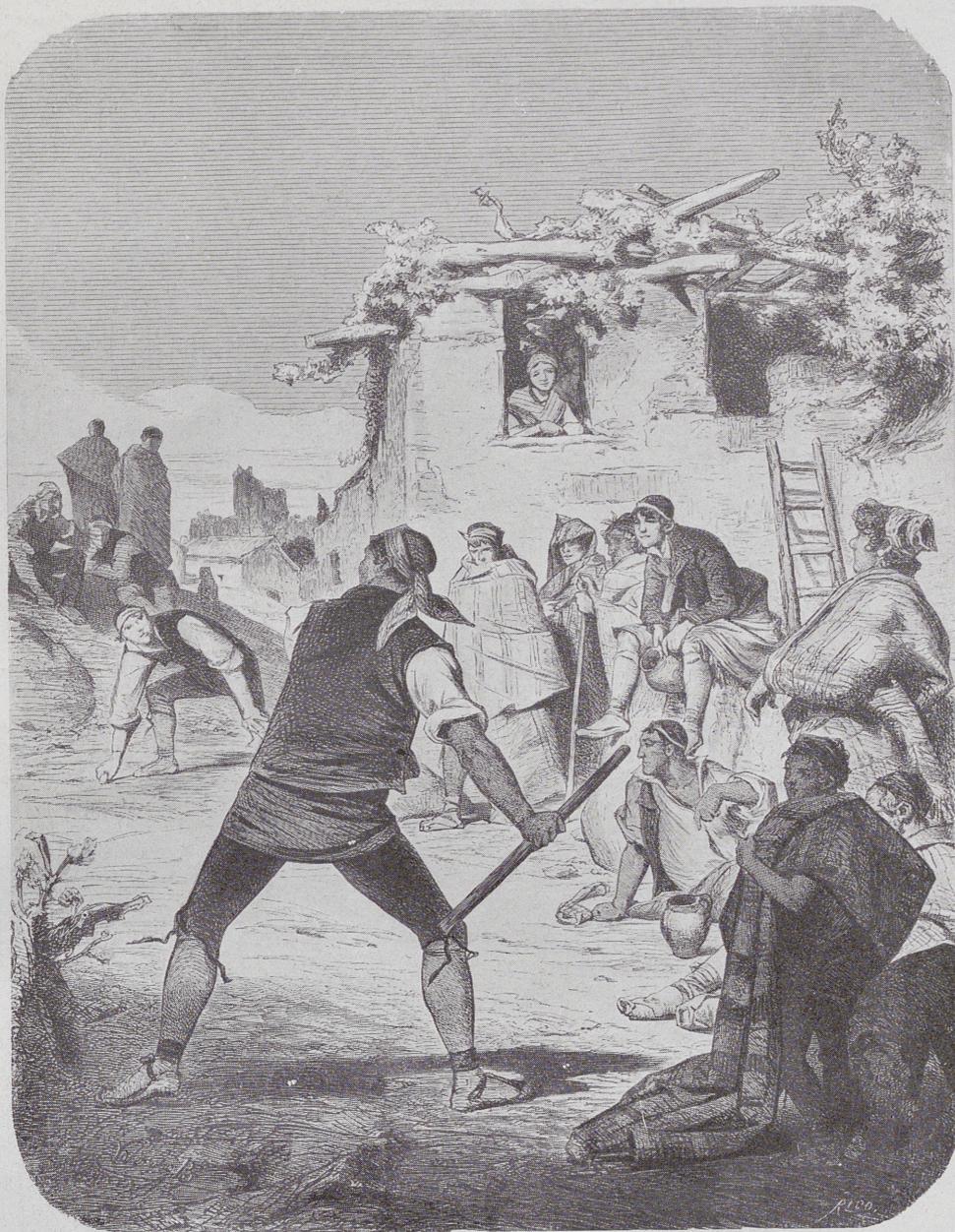
Madrid, 1925.



EL PREGONERO En las pequeñas poblaciones aragonesas, como en todas las del resto de España, el pregonero, tipo heredado de épocas muy remotas, sigue siendo uno de los personajes más importantes y necesarios de la Administración. Puede decirse que es la gaceta oficial de carne y hueso de las localidades. Cuando el alcalde o el Ayuntamiento dictan una disposición cualquiera; cuando llega la vispera de una solem-

nidad civil o religiosa, siempre, en fin, que la autoridad o los particulares quieren ponerse en contacto de ideas con una población en que, por desgracia, abundan las gentes que no saben leer, el pregonero, armado de su tambor y escoltado por una turba de chiquillos que le preceden o le siguen a respetuosa distancia, recorre las plazas, se detiene en las esquinas, sube a las eras o baja a los lavaderos, recitando con un tono especial el contenido de la cédula que de antemano le ha escrito o le ha hecho tomar de memoria el fiel de fechos.





EL TIRO DE LA BARRA (Costumbres de Aragón).

La sobriedad, la fortaleza y la resistencia a toda clase de sufrimientos de los habitantes de ciertas provincias de España, es proverbial en la Historia. Basta recorrer algunas comarcas de Aragón, vivir un poco de tiempo entre sus naturales, y conocer su género de vida y asistir a sus faenas y a sus diversiones, para comprender que la raza de los osados aventureros que compartieron con los catalanes, la gloria de las portentosas hazañas de Oriente, la alza de los eternos batalladores de la Edad Media, que tan relevante muestra de sí habían de dar más tarde en la epopeya de la independencia española, existe todavía enérgica, valerosa, fuerte, capaz de acometer las empresas más aventuradas y difíciles. Con un escaso alimento, habituados a sufrir las bruscas alteraciones de un clima inconstante, condenados a procurarse la subsistencia con un trabajo tenaz y

duro, los que habitan en los pueblos del alto Aragón, próximos a las cumbres del Moncayo, no tienen otras diversiones que los ejercicios corporales y los alardes de fuerza y de agilidad. En la tarde de los días festivos, cuando parecía natural que los trabajadores se entregasen al reposo y al descanso, ellos prosiguen ejercitando su actividad y su increíble energía, unos desafiándose a la carrera, otros al tiro de la barra, éstos a jugar a la pelota, aquéllos a levantar en alto y arrojar a una gran distancia peñascos enormes.





LA VUELTA DEL CAMPO (Tipos de Aragón).

Cuando la farola de la Puerta del Sol, de Madrid, desplegando sus abanicos de luz anuncia que ha concluido la tarde y comienza la extraña e inquieta vida de la noche, vida artificial, propia de los habitantes de los grandes centros; cuando los teatros abren de par sus puertas, las mesas de los cafés se llenan de parroquianos, los carruajes cruzan las calles a la carrera, los vendedores de periódicos atruenan los oídos con sus voces, los toreros y los desocupados se poseionan de las cuatro esquinas, y el vicio, sin disfraz ni misterio, circula en forma animada y viviente entre la multitud que va y viene presurosa en direcciones encontradas, la imaginación, amiga de los contrastes, se suele trasportar lejos de la escena que le aturde, comparando el cuadro que ofrecen a aquella misma hora algunos oscuros y silenciosos rincones a que la civilización no ha llevado aún sus costumbres perturbadoras de las leyes de la naturaleza.

La contemplación mental de los nuevos horizontes varía el curso de las ideas, y lo que comenzó sátira, acaba en idilio. Vuelven a la memoria los risueños campos que hemos visto alguna vez en nuestros viajes iluminados por el último y dorado reflejo del sol de otoño; el cielo violado del crepúsculo que guarda aún las armoniosas cintas de la luz que desaparece; la niebla azulada de la noche que borra poco a poco los colores y los contornos de los objetos, y las chimeneas del hogar, donde se prepara la comida para los trabajadores, y que arrojan a intervalos borbotones de humo; el canto lejano del labrador que vuelve de sus faenas del día, caballero en su poderosa yunta de mulas, y acompaña su canción con el monótono ruido del timón del arado que arrastra por la tierra; el vibrante sonido de las esquilas del ganado que anuncian a gran distancia el regreso de los pastores; todos esos murmullos, en fin, que van debilitándose gradualmente y que llenan el alma de suave y sosegado bienestar que nos predispone al reposo y al sueño.





LAS JUGADORAS (Costumbres de Aragón).

Nosotros hemos visto jugar en todas partes, porque el juego se ha generalizado de una manera increíble.

En los dorados círculos de la alta sociedad, en los garitos de los tahures, al pie de las sucias y derruidas tapias de la ronda, en cada calle, detrás de cada esquina, el vicio ha fijado en la corte una bandera de enganche para sus neófitos; sin embargo, en Madrid la afición a los naipes sólo ha reclutado adoradores entre el sexo feo, si exceptuamos alguna que otra ave de mal agüero y peor catadura, especialidad femenina que conocen los asistentes a ciertos tugurios con un nombre gráfico. Es preciso salir de la coronada villa; es preciso dar una vuelta por algunas de las provincias de España, y muy especialmente por algunos de los pequeños lugares enclavados entre las sinuosidades de la parte más escabrosa e inexplorada del alto Aragón, para encontrar completamente trocados los papeles. En la tarde del do-

mingo, cuando el cura del lugar, después de dormir la siesta, sale a hacer un poco de ejercicio por las eras cercanas, en compañía del alcalde, el médico y algunas otras personas graves de la población; cuando los labradores acomodados hablan sentados tranquilamente en los soportales de la plaza, y los mozos recorren las estrechas y tortuosas calles cantando la jota al compás de un guitarrico destemplado, se juntan en grupos a la puerta de una bodega, donde beben el vino en pucheros, forman círculos en el juego de pelota, donde se lucen los más ágiles, o asisten, envueltos en sus mantas, al tiro de la barra, donde campean los más forzados; cuando chicos y grandes, casados y mozos, viejos y muchachos, discurren, en fin, de un lado a otro, celebrando cada cual a su manera la festividad del día, las mujeres se reúnen en las cocinas de las casas, en los cantones de las calles, o en las avenidas de los caminos, y, dejando a un lado el rosario en que rezaban al sonar el toque de vísperas, desenvaina cada cual su más o menos mugrienta baraja, se sientan en un corro y da principio el juego.

En cada círculo se juega con arreglo a las circunstancias y los medios de las jugadoras. El ama del cura, la alcaldesa, la cirujana y alguna labradora acomodada juegan el chocolate y los esponjados al amor de la lumbre, donde brilla el alegre fuego del hogar y hierve la vajilla con el agua preparada de antemano. Las mujeres de los braceros y las hijas de los peones, engalanadas con sus apretadores verdes, sus sayas rojas y sus collares de cuentas azules, juegan en mitad del arroyo los cuartos y ochavos que han podido ahorrar en la semana, y gritan, riñen y se repelan al cuestionar sobre una jugada o el extravío de un maravedí. Las chiquillas, sentadas al borde del camino que conduce al lugar, sacan también sus baratijas y juegan alfileres, huesos de frutas y cosas por el estilo.





LA SALIDA DE LA ESCUELA Discurriendo por caminos poco frecuentados al través de las pintorescas comarcas de nuestras provincias, ora resignándose a pasar la noche en el mesón de un pueblecillo de cuyo nombre apenas hay memoria en la geografía, ora deteniéndose a dar agua al caballo en la fuente de una aldea medio oculta entre las sinuosidades de los montes, el artista que abandona los senderos trillados para estudiar allí donde se conservan más puros las costumbres y los tipos de un país, suele sor-

prender escenas de un carácter y una verdad tales, que en vano procuraría inventarlas y darlas forma en el retiro de su estudio. Cuatro líneas en la cartera de apuntes, un rasgo que fija el carácter especial de las figuras, o una mancha que recuerda el juego de luz o la disposición del fondo, son el punto de partida basado en el natural, que sirve más tarde para la concienzuda composición de un cuadro. El dibujo que hoy ofrecemos pertenece a ese género de trabajos ligeros hechos bajo la impresión de una escena que, si bien por el asunto tiene cierto carácter general, se encuentra, no obstante, localizada por los rasgos y detalles propios del pueblo de Aragón.



LAS GALLI- NEJAS (Escenas de costumbres de Madrid).

Madrid, como todos los grandes centros de población, ofrece al que trata de observar sus tipos y sus costumbres, una mezcla original, que aunque tiene algo de muchas provincias diferentes, se distingue con un carácter propio.

Verdad es que todavía se conservan vestigios de la que pudiéramos llamar raza indígena, ejemplares curiosos de ciertos tipos, que aunque un tanto desfigurados, recuerdan aquellas manolas y chisperos que hicieron célebres los barrios de Lavapiés, las Vistillas y el Rastro. Verdad que si Goya o don Ramón de la Cruz volvieran al mundo, aún podrían, guiados por Mesonero Romanos, entre el laberinto de estrechas callejas de los barrios extremos, reconocer algunos de sus modelos; pero por una parte la creciente aglomeración de multitud de gentes de todas las provincias de España que vienen a establecerse o a buscar fortuna en



la corte, y por otra la degeneración de las costumbres y los trajes, que merced al trato continuo y a la mezcla de esos nuevos elementos se modifican visiblemente, perdiendo algo de su originalidad, contribuyen a que en un cuadro cualquiera, en una escena o en un grupo característico de Madrid, se advierta esa amalgama, que como dejamos dicho, participa de muchas cosas, aunque en su conjunto no se parezca a ninguna; mezcla extraña de fisonomías, de trajes y de tipos, cuya variedad caracteriza por completo esta población.

La escena que con el título de *Las gallinejas* ofrecemos hoy a nuestros lectores, es una muestra evidente de la exactitud de las observaciones que dejamos hechas. *Gallinejas* llaman en los barrios bajos de Madrid, donde únicamente se encuentran establecidos estos *restaurants* ambulantes, a esos desperdicios de las reses sin forma ni nombre, mollejas, nervios, gorduras y piltrafas, los cuales, fritos al aire libre y a la vista del consumidor, se venden en porciones de a cuarto. En derredor de los despachos de esta extraña fritura, unos con un pucherete, otros con una cazuela, y todos con su indispensable pedazo de pan, que también se vende allí en mendrugos, se reúne, formando grupos pintorescos, una multitud, compuesta de infelices de diferentes provincias, clases y condiciones, a quienes sólo liga el lazo de la común miseria, y cuya manera de vivir se comprendería con dificultad, no conociendo los especiales recursos que ofrecen las grandes poblaciones.





LABRADORAS DEL VALLE DE AMBLÉS

(Tipos de Avila). La famosa romería de la Virgen de Sansoles, cuya pintoresca ermita se encuentra situada a una media legua de la ciudad de Avila, reúne, en el espacioso atrio que sirve de ingreso al templo, multitud de gentes de todas clases y condiciones, venidas de diferentes pueblos de la provincia. Como puede calcularse, esta gran reunión de personas, entre las cuales domina siempre el elemento popular, ofrece al estudio del observador multitud de tipos y trajes, a cual más variados y curiosos.

Sin embargo que casi todos ellos ofrecen alguna particularidad notable, se puede, desde luego, mencionar como uno de los más llamativos, por su originalidad y carácter propio de aquella provincia castellana, el de las labradoras del valle de Am-

blés. El sombrero de paño y anchas alas, adornado de flores contrahechas, ramilletes de siemprevivas, galón de seda y vueltas de alfileres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro sobre el cual campea el pañuelo blanco bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo franjado de rojo; la media encarnada o negra, según que la dueña sea casada o moza; el zapatito bajo con moño de colorines o hebillas de plata; todo lo que compone su extraño atavío, forma un conjunto tan pintoresco, que bastaría por sí solo a llamar la atención del más indiferente en materias de arte, si ya no la llamara de manera tanto o más poderosa la picaresca gracia y la gentileza y donaire de las mujeres que lo lucen. El tipo de las labradoras avilesas no es, seguramente, un dechado de perfecciones clásicas, ni nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer silfide, producto de la civilización: su nariz, ligeramente remangada; sus ojos vivos, negros y pequeños; sus labios que parecen guindas; su tez dorada como el trigo; su talle apretado, y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre que huele a tomillo y mejorana.





POZO ÁRABE DE TOLEDO En la calle de San Ildefonso, y próximo a la capilla levantada sobre el mismo terreno en que es tradición vino al mundo el célebre arzobispo de Toledo, hay un pequeño jardín hecho sobre el solar de una antigua casa. En el extremo de este jardín existía, desde hace mucho tiempo, un pozo cuyo informe brocal presentaba el aspecto de un mal trazado círculo de ladrillos revestido de argamasa oscura. Al tratar de destruirlo, apareció debajo de la grosera corteza que lo envolvía el que es objeto de nuestra ilustración, que por su sencillez y elegancia constituye un ejemplar digno de estudio del arte árabe español. Este hermoso brocal es de tierra roja cocida y bañada, y su adorno lo forman grecas, por entre las cuales corre rodeándole una magnífica inscripción en caracteres cúficos ornamentales. La inscripción y la greca son verdes y destacan por el color y el alto relieve que presentan sobre el fondo blanco mate del brocal. Escrupulosamente copiada, daremos, oportunamente, la inscripción con un doble objeto: el de que los orientalistas la estudien y la traduzcan, si es posible, toda vez que ya algunos verdaderamente dignos de este nombre, a quienes hemos acudido, hallan bastante difícil la empresa, y el de reproducir un hermoso modelo de caracte-

res cúficos empleados en la época que podríamos llamar clásica de la arquitectura árabe española, de los cuales se encuentran raras inscripciones, no recordando nosotros ninguna en que sólo la letra, sin combinarse con otros elementos extraños a su configuración, forme un adorno tan rico, tan elegante y completo.





CAMPESINO DEL BURGO DE OSMA

Cada una de las diferentes razas que dominaron en otros tiempos nuestro país, al confundirse y mezclarse con las que más tarde las sucedieron, en el dominio de la península ibérica, dejaron en ciertas localidades un tipo más característico y propio que el del resto de sus habitantes. Un profundo estudio de la geografía y la historia llegarán a explicar tal vez la causa de este fenómeno. Entre tanto, el via-

jero observador se limita a llamar la atención sobre un hecho que se advierte con bastante frecuencia. Ya un célebre literato alemán, al recorrer nuestra España, hizo esta observación, y respecto a la provincia de Soria se fijó muy particularmente en los campesinos de las cercanías del Burgo de Osma, creyendo encontrar entre ellos rasgos muy pronunciados de la raza celtibera y no pocos usos y costumbres que, juntos con su traje especial, podrían dar mucha luz acerca de aquella raza a los que se dedican al conocimiento de la Historia. Nada tiene de extraño que la tierra que sustentó a los heroicos defensores de Numancia, y donde tan pura y fuerte se mostró la raza celtibera, conserve aún rastros más claros de la existencia de aquel pueblo, que otras donde la dominación romana encontró más fáciles victorias.





LAS SEGADORAS (Tipos de Soria).

La falta de fáciles comunicaciones y la escasa noticia que generalmente se tiene acerca de las particularidades de la provincia de Soria, son, en primer término, la causa de que rara vez la visiten los artistas y viajeros. No obstante, así en monumentos de arte como en costumbres, trajes y tipos, guarda esta olvidada provincia un verdadero tesoro, que pronto desaparecerá sin que de él quede rastro, si antes no se procura consignar, ya en el lienzo, en los libros especiales o en publicaciones ilustradas.

En los aldeanos de Puente Toba llaman en primer término la atención el colete de paño burdo y la alta montera, tan común en otras provincias y que en Castilla sólo se encuentran en algunas localidades. El corte de jubón y el manto ceñido de las muchachas recuerdan la moda de los siglos medios, en que se procuraba deprimir el pecho de las mujeres, hasta el punto de hacerle casi desaparecer, como se observa en las esculturas, iluminaciones y tablas de aquella época.

La capa blanca del pastor de Villacierbos es un prenda de las menos comunes y, sin duda, la que más recuerda el origen árabe. En los bajorrelieves de un curioso edificio bizantino de Soria (San Juan del Duero) se observan, entre otras, varias figuras de pastores en el acto de adorar al Niño de Dios, y casi todas ellas llevan blanca capucha. Estos bajorrelieves son próximamente de principios del siglo XII o fines

del XI, época en que no hacía mucho la provincia había dejado de pertenecer a los árabes.

En cuanto al leñador que viste una cumplida dalmática de manga suelta y deja aún flotar sus cabellos sobre el hombro, recostándolos en forma de fileco sobre las cejas, con la barba crecida y fosca, calzado de abarcas de cuero cuyos cabos suben dando vueltas hasta la mitad de la pierna, y con el hacha sujeta a la cintura por un cinturón de cáñamo, se tendría el tipo más general del hombre del pueblo español en diferentes períodos históricos. Recuerda la gente *bracata* de los celtiberos, que con tanto denuedo pelearon en Numancia, junto a cuyas ruinas viven. Trae asimismo a la memoria el tipo del siervo godo y el del plebeyo castellano de la Edad Media. El pintor de Historia que, dejando a un lado los modelos académicos y vulgares, se empapase en el carácter de estos tipos, ganaría mucho desde el punto de vista de la verdad y belleza de sus cuadros.





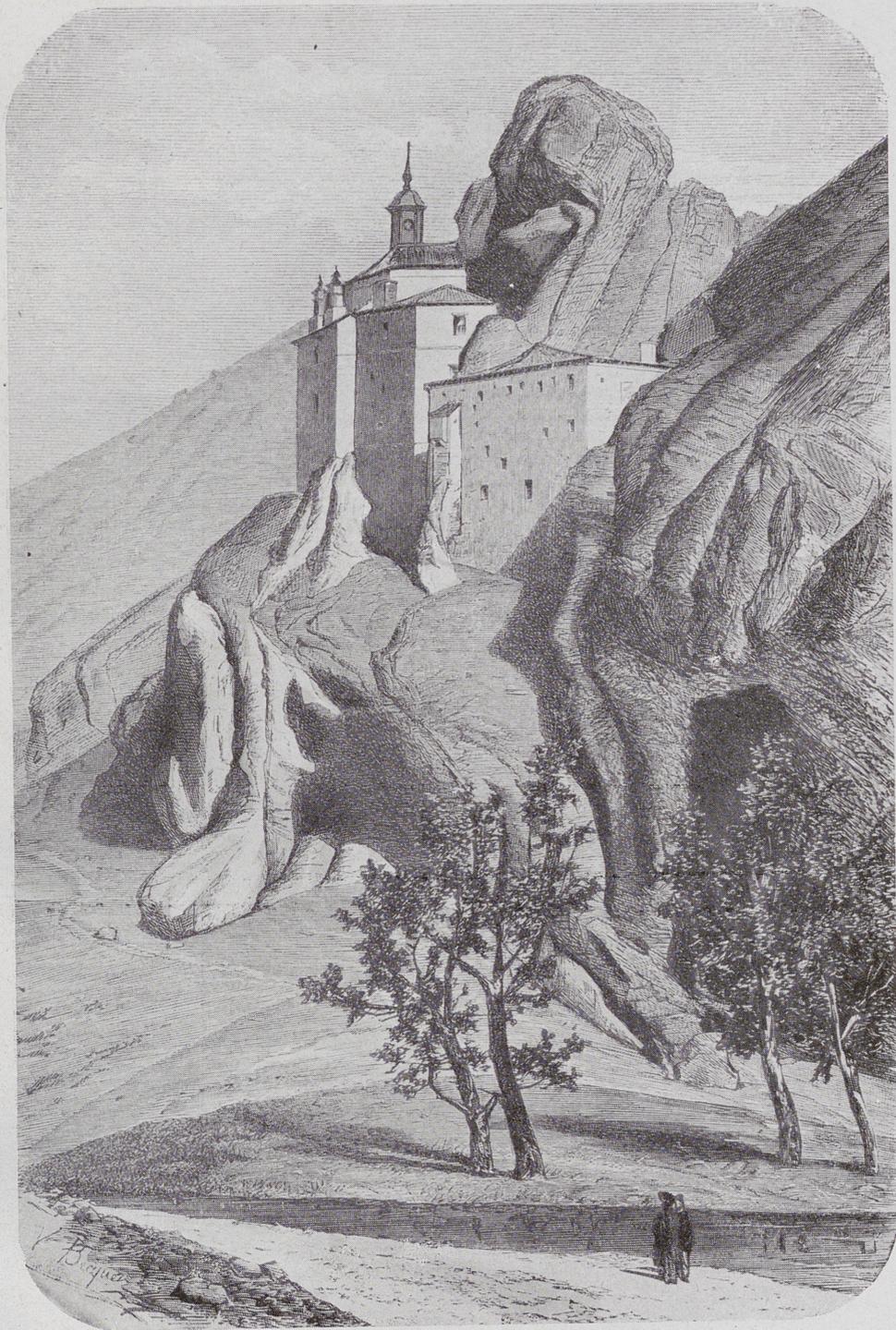
ALDEANO DE FUENTETOBA

(Tipo de Soria).



LEÑADORES DE LOS PINARES

(Tipos de Soria).



LA ERMITA DE SAN SATURIO (Soria).

Desde la cabeza del puente que facilita la entrada de la ciudad de Soria, por la parte del Duero, arranca una hermosa alameda, que bañando en sombra la orilla izquierda del río, conduce hasta la ermita de San Saturio, atravesando antes las deliciosas huertas de San Polo. En el punto en que termina esta alameda, comienzan a elevarse los ásperos estribos de la sierra de Peñalba.

Asegura una piadosa tradición que al pie de esta sierra, y en una cueva socavada junto al formidable peñasco sobre que se asienta hoy la ermita, vivió y murió, en época muy remota, el santo que le da el nombre, y bajo cuya protección se ha colocado la antigua ciudad de Soria.

La ermita tiene dos entradas: una abierta en la peña viva que conduce a las habitaciones del santero por una escalera subterránea labrada a pico, y que se remonta hasta la cima del peñasco en que se encuentra el templo, y otra que se dirige al pórtico de éste, dando vueltas por las sinuosidades de la sierra, y que se compone de muchos tramos de escalones de berroqueña con descansados rellanos que sombrean árboles, adornan balaustradas y desde los cuales se gozan magníficos puntos de vista.

La ermita de San Saturio, que goza de gran celebridad en toda la provincia, es más notable por su pintoresca situación, que por el mérito artístico de su fábrica. Colocada entre rocas, a la falda de una escarpada sierra, mirándose en las aguas del Duero, que corre a sus pies y dominando por largo espacio el curso del río, parte de la antigua ciudad y las frondosas huertas que por el lado de San Polo adornan la margen del Duero, las líneas sencillas de su fábrica exterior, armonizan con el accidentado fondo sobre que se destaca. El interior de la iglesia, en el cual predomina el mal gusto churrigüesco que comenzaba a invadir el arte de la época a que se debe, está profusamente decorado. Tiene la forma de un paralelogramo octógono, y ni los retablos ni los frescos en que se representan pasajes de la vida del santo, ofrecen particular estudio desde el punto de vista artístico.

EL SANTE- RO (Tipos de Soria.)

Al hablar de la ermita de San Saturio, dijimos algo de la gran veneración que los sorianos tienen a su santo patrono. Los días de mercado, cuando llena las plazas y calles de la ciudad de Soria la animada multitud de labriegos que de todos los pueblos de los alrededores acuden a cambiar sus productos entre sí, uno de los tipos más curiosos que pueden observarse es el del santero de la ermita, que, vestido de un sayal oscuro, calada la puntiaguda capucha y con unas inmensas alforjas al hombro, da a besar con la mano izquierda la estampa del santo, mientras alarga la derecha para recoger las ofrendas de los devotos.

Los muchachos se repelan por cuál es el primero en besar la devota imagen; los vendedores se apresuran a echar en la alforja: éste, una berza; aquél, un pan; el otro, un puñado de judías. Los la-



Erriegos se descubren y contribuyen con un cuarto o dos a mantener el culto del santo patrono y las necesidades del guardián de la ermita. Hecha su recolección, el santero desaparece de la ciudad y vuelve a encaramarse a su nido, colocado en una punta de las peñas en que se eleva el santuario, y semejante al que cuelgan las águilas al borde de los abismos entre las grietas de las rocas..





EL PORDIOSERO (Tipo de Toledo). El estudio de las costumbres populares de un país ofrece siempre grande interés a las personas ilustradas. Ya se las mire desde el punto de vista del arte buscando en ellas lo mucho que tienen de pintoresco, ya se las considere como datos preciosos para construir el pasado, del cual guardan huellas tan visibles, nunca se encarecerá bastante la atención con que artistas, eruditos e historiadores deben detenerse a analizar las curiosas analogías que se hallan entre los tipos, los usos, los trajes y hasta las ideas de esas masas, que siguen de lejos y lentamente el movimiento de la civilización, con las

de épocas apartadas cuyos detalles y rasgos característicos se suelen buscar inútilmente en crónicas y tradiciones.

Pero si siempre es de gran interés este género de estudio, nunca lo será tanto como en los momentos actuales, en que, espectadores de una radical transformación, sólo así podremos recoger la última palabra de un modo de ser social que desaparece, del que sólo quedan hoy rastros en los más apartados rincones de nuestras provincias, y del que apenas restará mañana un recuerdo confuso.

La irresistible corriente de las nuevas ideas nos empuja hacia la unidad en todo; los caprichosos ángulos de las antiguas ciudades vienen al suelo sacrificados a la línea recta, aspiración constante de las modernas poblaciones; los característicos trajes de ciertas provincias comienzan a parecer un disfraz fuera del oscuro rincón de la aldea; los usos tradicionales, las fiestas propias de cada localidad se nos antojan ridículas. Treinta años faltan al siglo XIX para concluir su carrera; por nuestra parte, creemos que en esos treinta años desaparecerá por completo lo poco que de este género existe, y puede aún consignarse para transmitir su recuerdo a los que vendrán tras nosotros, y tal vez culparán nuestra incuria.

No nos falta la fe en el porvenir; cuando juzgamos, desde el punto de vista del filósofo o del hombre político, las profundas alteraciones que todo lo trastornan y cambian a nuestro alrededor, esperamos que en un término más o menos distante algo se levantará sobre tantas ruinas; pero séanos permitido guardar la memoria de un mundo que desaparece y que tan alto habla al espíritu del artista y del poeta; séanos permitido sacar de entre los escombros algunos de sus más preciosos fragmentos, para conservarlos como un dato para la historia, como una curiosidad o una reliquia.

Reuniendo en las columnas de "La Ilustración de Madrid" cuanto nos sea posible allegar referente a monumentos, tipos, trajes y costumbres de nuestras provincias, creemos hacer algo de lo mucho que en este camino podría aún hacerse por nuestros artistas y escritores contemporáneos.

El tipo que ofrecemos hoy, y que nos ha inspirado estas líneas, viene a corroborar la opinión que dejamos consignada. Merced a los esfuerzos de la Beneficencia oficial y a los reglamentos de Policía urbana, las poblaciones importantes de nuestro país se han visto libres de la nube de pordioseros que en tiempos no muy remotos llenaban sus calles. El mendigo, cuya cabeza típica y pintorescos harapos inspiró a más de un artista fantásticas siluetas, se ha transformado, al contacto de la civilización, en el vulgar acogido de San Bernardino con su uniforme de bayeta oscura y su sombrero de hule. Al imponerles la chapa y la guitarra a los que aun permanecen, merced a no sabemos qué privilegio, a las puertas de las iglesias, los han despojado de la originalidad y multitud de atavíos, lesiones, actitudes y arengas en que desplegaban su inagotable fantasía. La mendicidad, que se arrastra siempre en derredor del fausto, ha sido en ciertas edades el rasgo característico de la sociedad española. Desde el lisiado que pedía limosna a Gil Blas con el trabuco, hasta el sopista que seguía una carrera y llegaba a veces a los más altos honores mendigando las sobras de los conventos, nuestro país ha ofrecido tipos de pordioseros tan numerosos y extravagantes, que ni Callot ni Goya los hubieran soñado.

Aplaudimos a la Administración, que hace esfuerzos por remediar este daño, mencionando en lo posible al nivel de los países de mayor cultura; pero, no obstante, nos gusta recoger las impresiones que guarda el artista de estos tipos tradicionales, y que hoy sólo en algunas provincias pueden estudiarse con toda su pintoresca originalidad. Tiene el arte no sabemos qué secreto encanto que todo lo que toca lo embellece. Entre cien modelos repugnantes y groseros sabe, tomando un detalle de cada uno, formar un tipo que, sin ser falso, resulta hermoso. Mirado a través de este prisma, no hay asunto que no interese, ni figura que deje de ser simpática. En algunas de nuestras antiguas ciudades castellanas, cuando la nieve cubre el piso de las revueltas calles y sopla el cierzo haciendo rechinar las mohosas veletas de las oscuras torres, ¿quién no ha visto inmóvil, junto al timbrado arco de una vetusta casa solariega, la figura de un pordiosero que tiende al fin la descarnada mano para llamar a la puerta, cuyos tableros desunidos, grandes clavos y colosales alambas traen a la memoria las misteriosas puertas de esos palacios deshabitados llenos de encantos medrosos de que nos hablan en los cuentos? La multitud pasa indiferente al lado de aquella escena; el artista se detiene, herido ante el contraste de tanta miseria junto a tanto esplendor; repara en la armonía de las líneas y en los efectos del color; se siente impresionado como ante un cuadro que pertenece a otra época diferente, y ve una revelación de otro siglo y de otra manera de ser social en aquella tradición viva que entra a hablar a su alma por el conducto de los ojos.

LOS SEISES DE LA IGLE- SIA CATE- DRAL DE SEVILLA

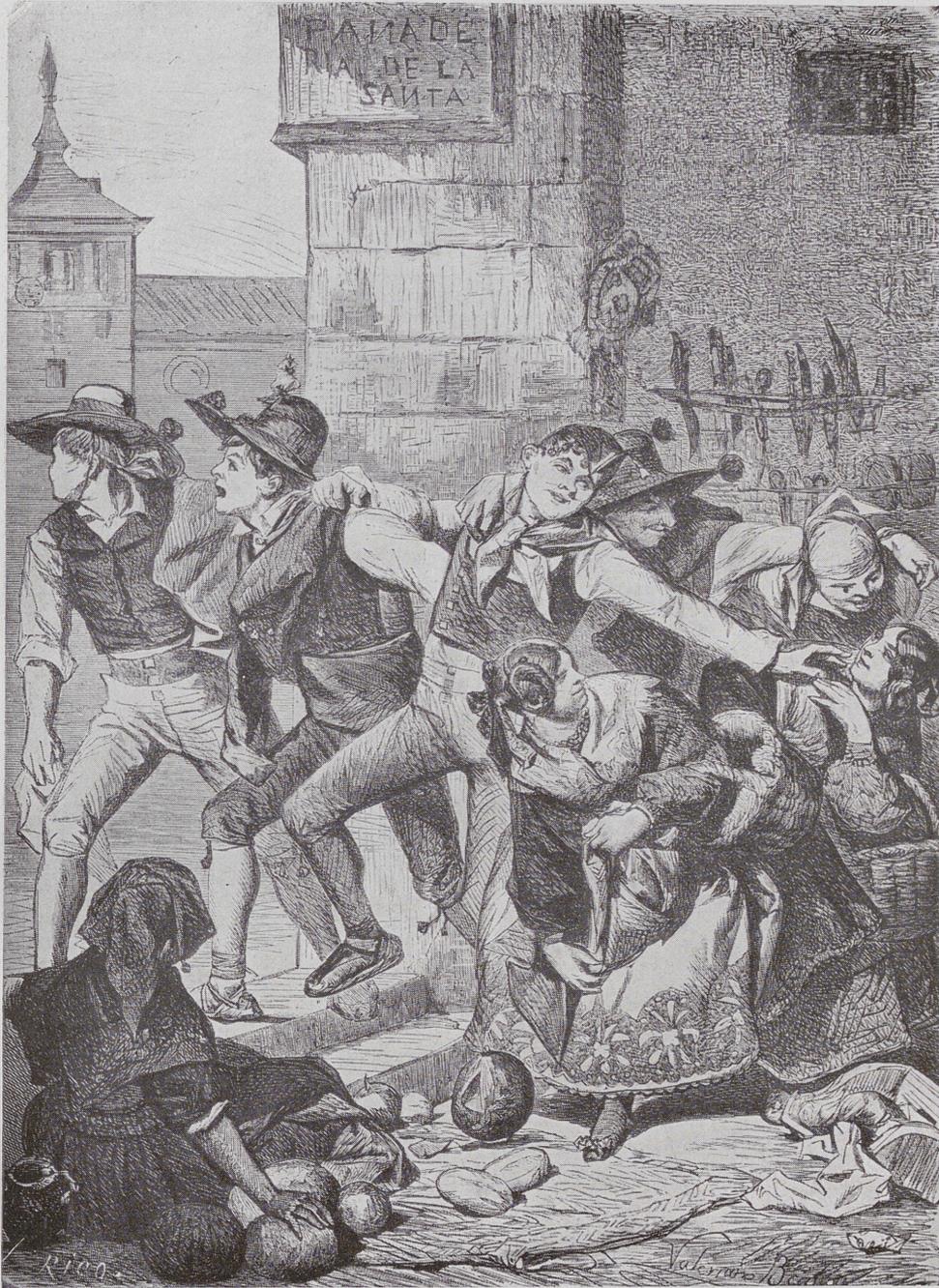
La ciudad de Sevilla se ha hecho justamente célebre por el fausto y la grandeza con que solemniza las festividades religiosas. Ya en el siglo XVI la llamaba el autor del Quijote "Roma triunfante en ánimo y riqueza", y posteriormente la han confirmado digna emporbe de la capital del orbe católico cuantos han tenido ocasión de asistir a alguna de sus fiestas clásicas. Entre éstas han sido objeto preferente de alabanza, así de propios como extraños, las cofradías y oficios de la Semana Santa; pero en nuestro juicio tiene más carácter y responde mejor a las costumbres de sus habitantes y a la fisonomía especial de la pobla-



ción, la festividad del Corpus; toda luz, flores, perfumes y galas en las calles; toda majestad, riqueza y armonías en el templo. Aun cuando indudablemente ofrecería gran interés, no entra hoy en nuestro ánimo ocuparnos detenidamente de todos los pormenores de sus ceremonias, sino fijarnos en uno de sus más curiosos detalles, apuntando ligeramente algo de los famosos bailes de los *seises*, cuyos ricos trajes, graciosas contradanzas y concertadas voces maravillan y suspenden a cuantos asisten a la Octava. Que estos bailes son recuerdos de las características contradanzas y representaciones que en lo antiguo tuvieron lugar en los templos como parte del culto católico, bien claro se ve a poco que se estudien. Sin embargo, cuando se creó este coro de cantores especiales, conocidos en otra época con el nombre de *los niños cantorricos*, no puede decirse, aunque sí que se remonta a muy lejana fecha, toda vez que en documentos pertenecientes al siglo XV se habla ya de ellos como de cosa establecida.

Varias veces los prelados han creído poco conveniente a la majestad del culto las danzas de los *seises*, dándose ocasión a diversas cuestiones con el Capítulo. Es fama que para ultimar una de ellas, pendiente de la resolución del Pontífice, el cabildo envió a Roma los *cantorricos*, acompañados de su maestro, a fin de que en presencia del que había de ser juez de la causa ejecutasen el baile objeto de la censura arzobispal. Bailaron los *seises* tañendo las castañuelas de marfil y entonando sus armoniosos coros, y de tal modo lo hicieron que, prendado el Pontífice de la majestad y compostura de la danza y el agradable concierto de las voces, no sólo dispuso continuaran como hasta allí, sino que confirmó nuevamente el privilegio que gozan aún de bailar con la cabeza cubierta por el sombrerillo delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.





LOS QUINTOS EN AVILA

Siempre es triste la ausencia del lugar donde se ha nacido, donde reside la familia y donde se han visto correr los primeros años de la vida; pero cuando al dolor natural de toda ausencia va unida la idea de las fatigas y peligros que suelen rodear la existencia del soldado y la del desamparo en que a veces quedan los seres más queridos, privados, tal vez del apoyo de sus miembros más útiles, auméntase la pena. Sin embargo, bien sea por hacer alarde y gala de una conformidad que no siempre es verdadera, bien sea debido a nuestro carácter especial, el quinto ha de mostrarse no sólo resignado, sino alegre, y de ahí el espectáculo singular que después de cada sorteo se ve en las calles de las

poblaciones de España. Grupos de quintos, con los sombreros adornados de cintas y escarapelas, las recorren, entonando cantares, ya picarescos, ya graves, al son de panderetas y guitarras, y retozando con las muchachas que encuentran; y aun hay quien se las echa de tuno y de hombre corrido, siendo un pobre diablo, como si toda su vida la hubiese pasado en los cuarteles y en los campamentos y hubiera corrido el universo mundo. La escena de este cuadro está localizada en Avila, según se advierte por el traje de las figuras y por un detalle del fondo en que se lee: *Panadería de la Santa*. Los quintos que componen el grupo son procedentes de varios pueblos de la provincia, y han acudido al depósito de la capital.





PASTOR DE VILLACIERVOS

(Tipo de Soria)

Apartada en cierto modo de la actividad y el movimiento de adelanto que caracteriza a otras de España, la provincia de Soria, tan poco frecuentada por los artistas que tratan de estudiar las costumbres, los tipos y los monumentos notables de nuestro país, es, sin embargo, una de las que más ancho campo ofrecen al estudio. El espíritu innovador de la época ha ejercido tan corto influjo en la mayor parte de sus pueblos, que aun pueden recogerse en ellos datos curiosísimos respecto a trajes, costumbres y tradiciones, que sirven para darnos a comprender en sus detalles y mostrarnos a más clara luz la historia. Los tipos que ofrecemos hoy pertenecen al lugar de Villaciervos, lugar pobre y escondido en las ondulaciones de los montes que han hecho famosos sus renombrados pinares, y ofrecen sus trajes la

particularidad de el *cruzado*, pañoleta de una forma especial y de extremos largos, que se cruza dando vueltas alrededor del pecho y la cintura, y que con sus vivos colores resalta de un modo pintoresco sobre el traje pardo y de antiquísimo corte de las mujeres, y la *capa blanca*, distintivo por el que se conocen en toda la provincia a los pastores de aquella localidad, los únicos que conservan todavía esa prenda, que, por la capucha que la adorna y la forma particular que tiene, recuerda su remoto origen.





PASTORA DE VILLACIERVOS

(Tipo de Soria).



EL CUENTO DEL ABUELO

En las eternas noches que siguen a los breves y nebulosos días del invierno, cuando la nieve dibuja como con un perfil de plata los desiguales tejados de la aldea y el viento zumba agitando las oscuras copas de los pinos, la vida se encuentra en el hogar que nunca mejor que entonces puede llamarse el verdadero templo de la familia.

La llama roja y azul se lía chisporroteando alrededor de los encendidos troncos, la inquieta luz que despide hace danzar sobre el muro las sombras de los que rodean el fuego, y al compás de los extraños chasquidos del roble que arde, del monótono rumor de la lluvia que desciende y del viento que menea los desvencijados tableros de las ventanas, despierta y se alza alegre de entre las calientes cenizas el genio del hogar y brota espontáneamente la flor de la velada, el cuento del abuelo.



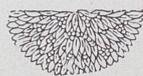
EL DÍA DE DIFUNTOS (Alegoría).

He aquí un día solemne, lleno de terrores y de esperanzas, de amarguras y consuelos. El espíritu más frívolo, no puede menos de sentirse conmovido por algunas horas, y de participar de la disposición general de los ánimos. El drama entero de la vida se ofrece a sus ojos, reproducido por la fantasía en sus líneas y cuadros principales; el mal hecho, el bien impedido, junto con nuestras buenas obras, tiempos, sucesos, personas, todo se nos representa vivamente en esos críticos momentos, y nuestra conciencia da sobre todo ello su fallo, al cual entonces juramos una fidelidad a poco quebrantada.

Todas las religiones han consagrado este recuerdo de los muertos, uno de los más consoladores para los vivos, que en él resucitan en su imaginación la sociedad de las personas queridas que no han de volver a encontrar ya sobre la tierra.

El catolicismo, con sus prácticas piadosas y las severas ceremonias propias de su culto, llena en ese día, poéticamente llamado de la *conmemoración de los difuntos*, los templos y los cementerios de una muchedumbre que sólo la idea de la muerte puede hacer pensar seriamente en la vida. Las bóvedas del santuario resuenan con los graves acentos del *Venite, adoremus*, los lamentos de las lecciones de Job o los sombríos terrores del *Dies iræ*. Los confesionarios están ocupados siempre, y cercados los altares de toda clase de personas, más inspiradas quizá por el miedo que por el remordimiento, y que creen comprar con un día de dolor y de austeridades, el derecho de pasar todo un año sin Dios, sin religión y sin ley.

La fe sencilla del campesino, la creencia racional del filósofo, las insustanciales dudas del hombre de mundo, la devoción de la beata, el místico sentimiento del poeta y el artista, la piedad vanidosa de la mujer elegante, parecen en ese día como que se identifican en cierto modo, tomando un tinte común que los aproxima: el tinte de la sinceridad. Dios y la otra vida, el recuerdo de los que amamos, nuestra conducta y nuestros deberes son cosas capaces de santificar un momento al corazón más envilecido. Pronto pasa la impresión, y el oleaje de las pasiones vuelve a cubrir hasta otro año la pureza y desnudez con que nos hemos contemplado en la conciencia algunas horas.





L A M I S A D E A L B A



LOS DOS COMPADRES

EL SASTRE
DE ALDEA



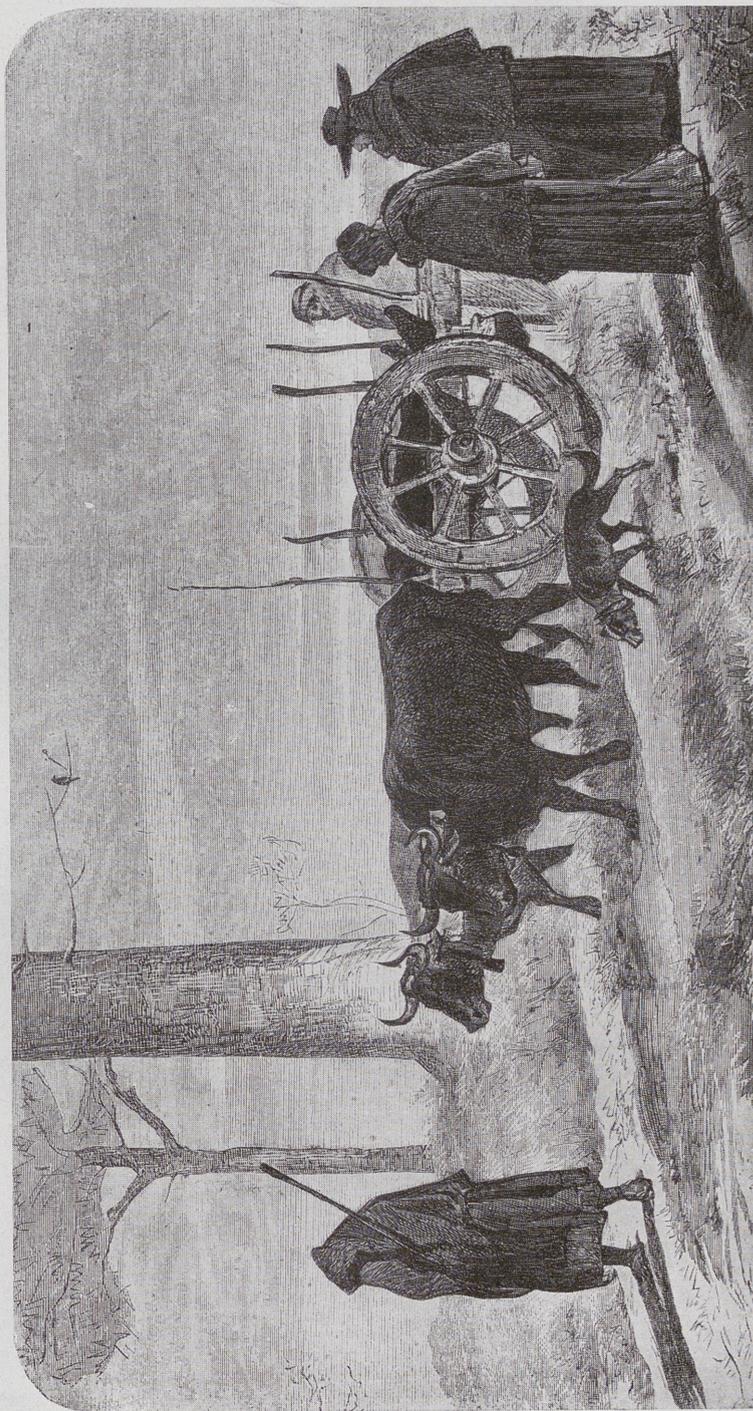


T I P O S V A S C O S

LAS SEGA-
DORAS



UN ENTIE-
RRO EN
LA ALDEA





T I P O M A R R O Q U I



PROCESION DEL CORPUS (Sevilla).

EL MERCADO





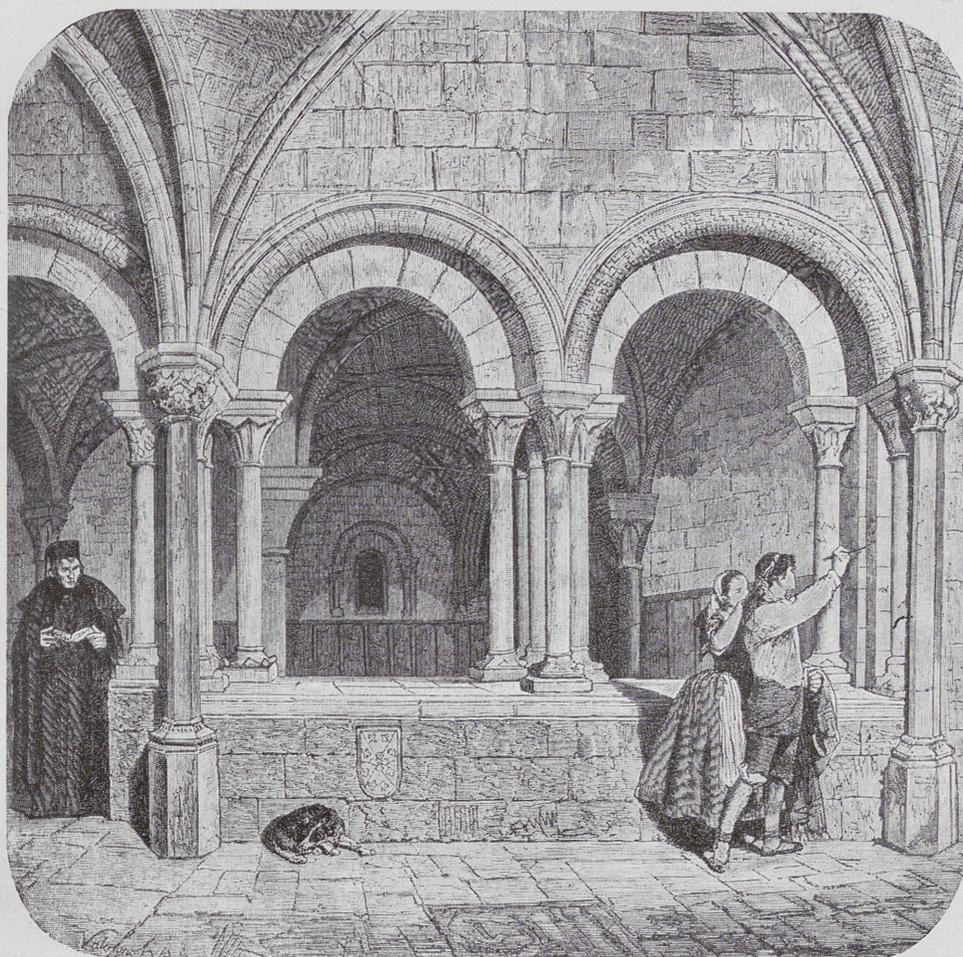
L A R O N D A L L A



E L H O G A R

LA BENDI-
CIÓN DE LA
MESA





MONASTERIO DE VERUELA

(Claustro).



E L A L C A L D E



P E S C A D O R V A S C O



CASA DE LOS SEÑORES DE CASTRILL

(Granada).

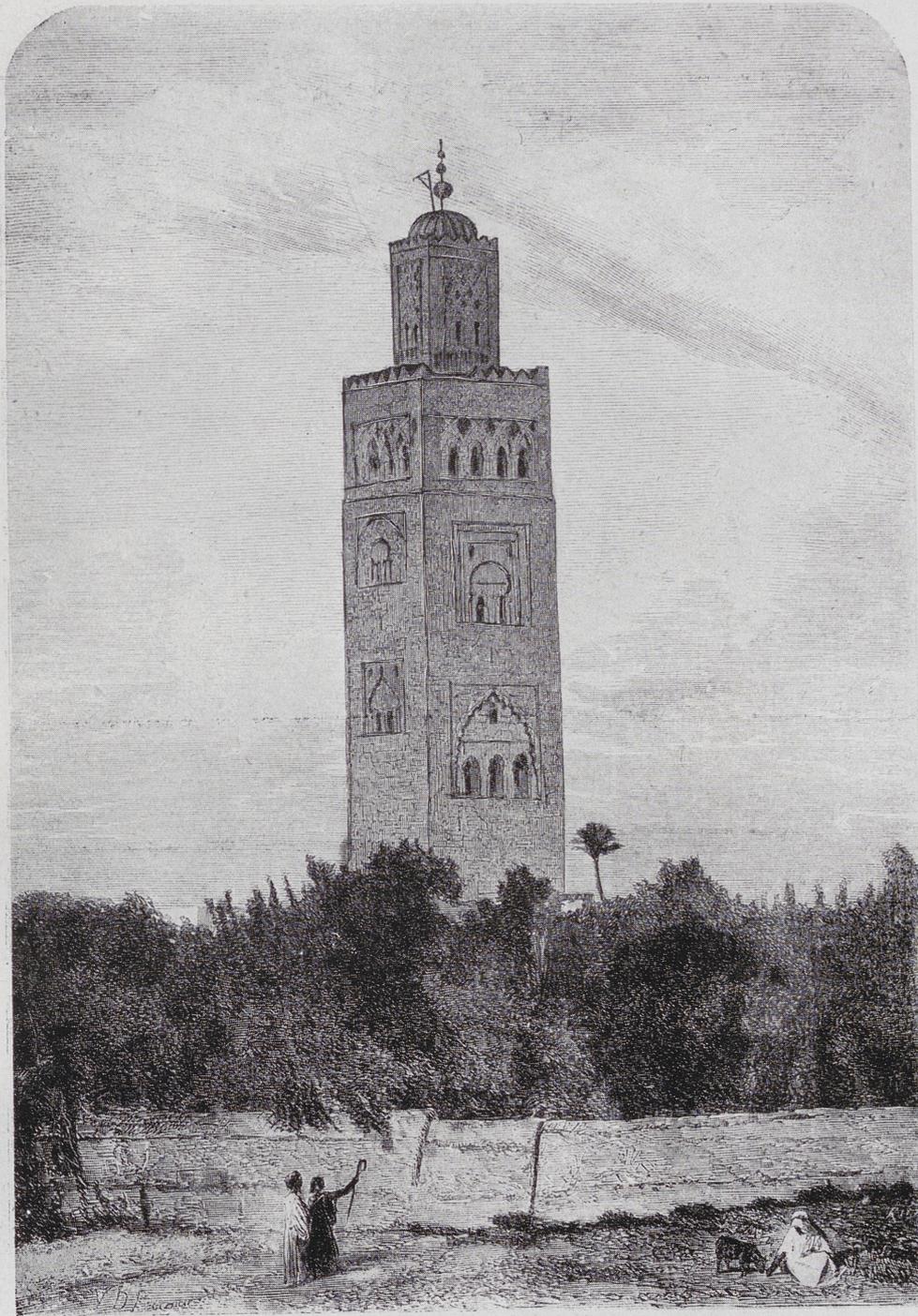


PROCESION DEL VIERNES SANTO

(Toledo.)



U N A B A R R I C A D A



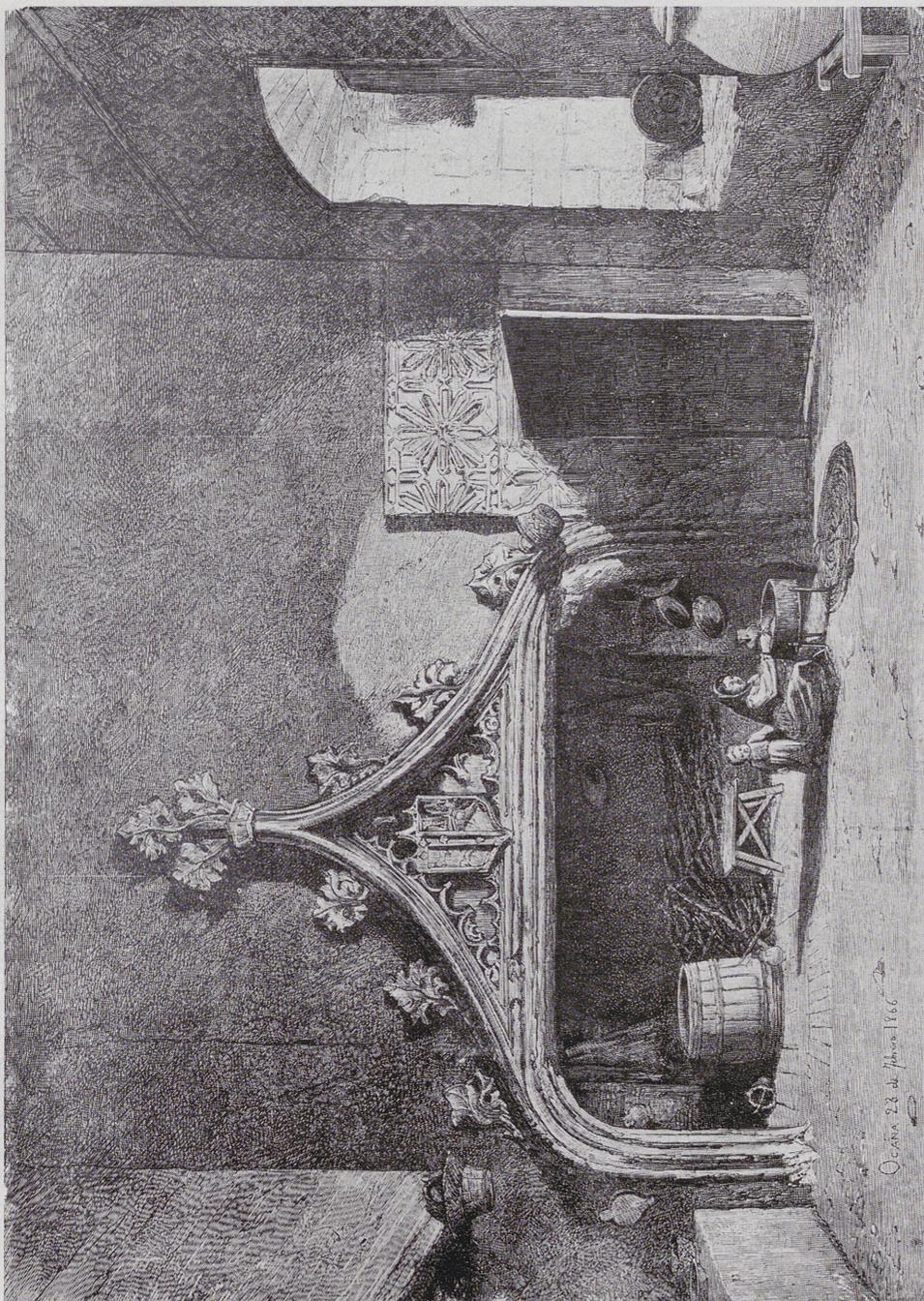
U N M I N A R E T E



MORA EN TRAJE DE FIESTA

EL HOGAR DE
UNA CASA,
PROPIEDAD
DEL DUQUE
DE FRÍAS

(Ocup.)



Ocup. 28 de febrero 1866



LA SARDINERA

Los pintorescos pueblecillos que bordan la ribera del mar Cantábrico, proxima a la desembocadura de esta parte del litoral de España, viven casi exclusivamente de los productos de la pesca, que en particular los de la sardina, no dejan de ser considerables por ser la que más de continuo y con más abundancia se recoge. Los hombres de mar que se dedican a este trabajo, se hacen a la vela a la caída de la tarde, tienden las redes durante la noche, y al romper el día, algunos puntos oscuros que aparecen en la inquieta raya de luz que dibuja el horizonte, anuncian al vigía del puerto la aproximación de las lanchas pescadoras.

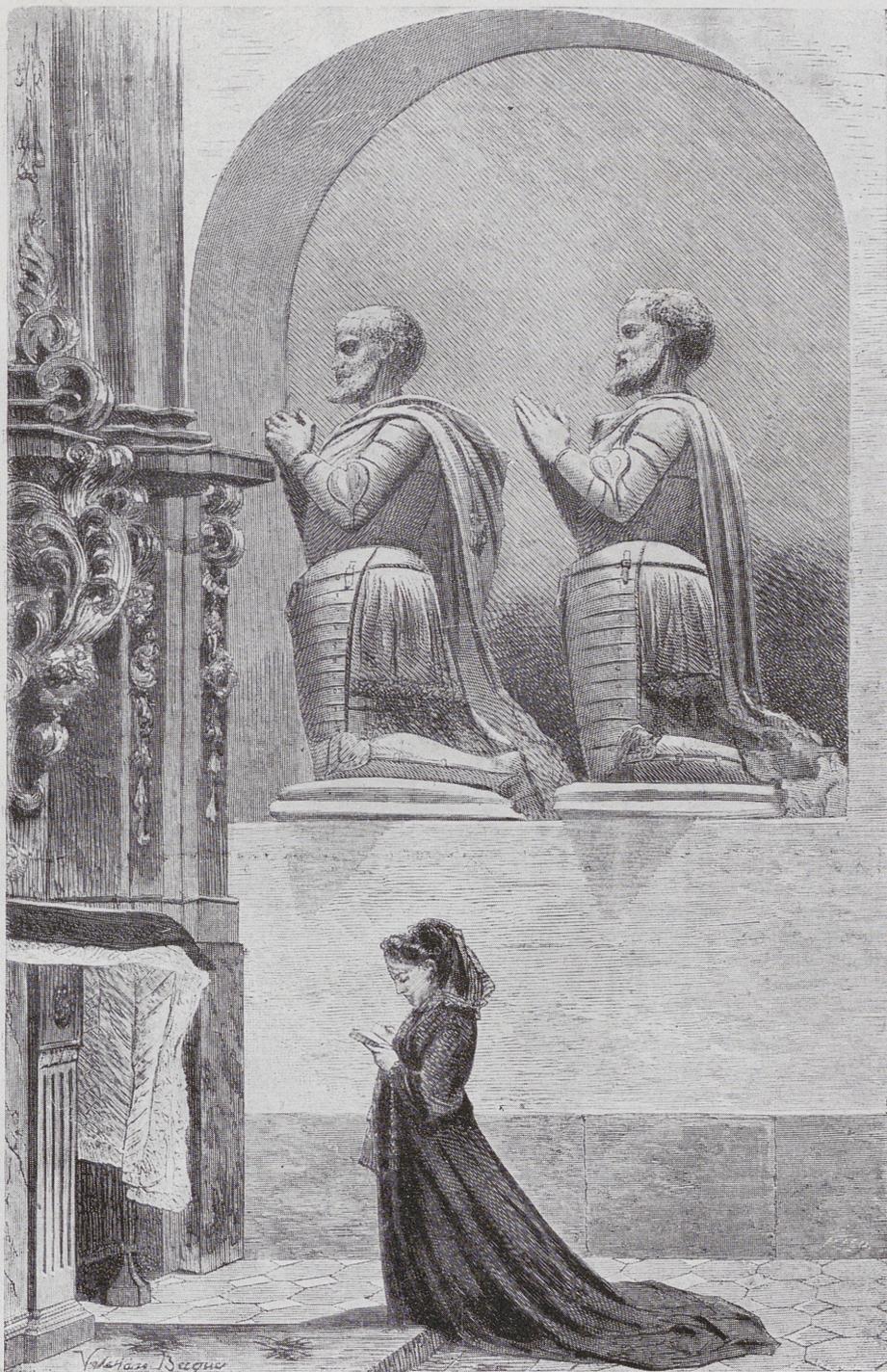
La noticia pregonada al son de un tamboril, cunde en el instante, desde la plaza del lugar, hasta los próximos caseríos; jóvenes, viejos, muchachas, toda la población femenina se pone en movimiento, y éstas con canastos, aquéllas con cestos, las de más allá con barriletes, bajan formando grupos hasta la orilla, donde las pequeñas embarcaciones se balancean ya suavemente sobre las olas siguiendo su compás, alternado y candencioso. La repartición de la sardina entre la turba de mujeres, que disputan entre sí y hablan y manotean todas a la vez, procurando ser las primeras en turno para llegar a buena hora al mercado, da lugar a escenas tan pintorescas y animadas, que sólo tienen comparación con las que ofrecen después, reuniéndose en grupos para limpiar y aderezar su mercancía, o corriendo a lo largo de la playa ligeras como el aire.

El dibujo que ofrecemos puede dar una idea de esas muchachas, tipo acabado de agilidad y gallardía, en que se reúnen la hermosura de la forma a la fuerza y la elasticidad de los movimientos, las cuales, con el canasto sobre la cabeza, las ropas flotantes y los pies desnudos, que van dejando una ligera huella en la arena de la playa, corren a lo largo de la costa, trepan con una pasmosa seguridad por los peñascos, que bate el oleaje, y antes del medio día van a vender a la plaza de Bilbao, después de haber recorrido una distancia de dos o tres leguas, las sardinas que han llegado horas antes a los puertecillos de Algorta, Lequeitio y Portugalete.



EL MÉDICO
DE ALDEA





SEPULCRO DE GARCILASO DE LA VEGA Y SU PADRE

En la iglesia de San Pedro Mártir, de Toledo, llena de obras de arte y recuerdos históricos, hay, al extremo de la nave lateral de la derecha, una capilla oscura y de reducidas proporciones, a la que da entrada un gran arco redondo y macizo de estilo greco-romano. En el testero de la capilla se levanta el altar, en

cuyo retablo, cargado de adornos de gusto dudoso, pero ricos, se descubre la imagen de la Virgen que le da nombre. La luz que penetra por la cúpula del templo y se derrama suave y templada por su espacioso ámbito, llega allí cansada y confusa, y sus reflejos azules se mezclan con la claridad rosada de un transparente de color que ocupa el fondo del camarín de la Virgen, sobre el cual destaca, por oscuro, el contorno de la santa imagen. La primera vez que visité el convento a que pertenece esta iglesia, ni sabía su nombre, ni mucho menos los tesoros de arte que encerraban sus muros. Cansado de dar vueltas al azar por las calles de Toledo, acerté a pasar por una plazuela tan excusada y sola, que la hierba crecía entre las piedras como en un prado. Vi a medio cerrar el postigo de un templo, y entré en él, como entra y salía por todos los que me iba encontrando en el camino.

El día estaba al caer, y en el interior reinaba el silencio más profundo, turbado sólo por el ruido de los pasos de una especie de sacristán que iba y venía a lo largo de las naves, limpiando el polvo de los altares, arrastrando de acá para allá los bancos del coro y atizando las lamparillas de un viacrucis. Largo tiempo estuve examinando algunos sepulcros notables esparcidos en diferentes puntos de la iglesia, tratando de descifrar sus borrosas inscripciones a la escasa luz que penetraba por los vidrios de la cúpula. Creía encontrarme solo en aquel sitio, sin otro compañero que el diligente sacristán, que no se daba punto de reposo en la operación de su minuciosa limpieza más que para hacer una genuflexión delante de cada altar de los que iba sacudiendo. No obstante, al cabo de algunos minutos me pareció oír hacia el más apartado ángulo del templo un murmullo levisimo, especie de confuso silabeo como de persona que reza en voz baja y sólo deja percibir a distancia el silbo suave de las eses que pronuncia.

Yo he oído muchas veces—¿quién no lo ha oído alguna vez?—rezar a media voz a esas viejas devotas que, temblándoles la barbilla y arrebuñadas en un manto de bayeta negra, turban el grave silencio del santuario con una especie de salmodia risible, mezcla confusa de palabras gangosas, silbos ásperos, que se escapan por entre las desiertas encías, suspiros y gimoteos. Comprendí que alguien, una mujer acaso, rezaba envuelta entre las sombras del templo; pero lo comprendí recordando lo que había oído otras veces, como podría reconocer a una persona de la que sólo hubiera visto antes le caricatura. En efecto, aquel rumor era en algo parecido; pero tenía notas y modulaciones de agua que corre, de seda que cruje, de alas que baten el aire. Movido de la curiosidad de algunos pasos en la dirección que lo percibía, y entré en la capilla. Entonces pude corroborar mi opinión de que, para ver a Toledo y sentirlo y sorprender esos cuadros que nos impresionan por su novedad o su belleza, vale más discurrir solo y sin rumbo fijo por sus calles, a lo que la casualidad ofrezca, que no recorrerlo a escape con un ignorante cicerone, especie de moscardón de las ruinas, que se os cuelga a la oreja zumbando sandeces.

El altar, de trazo grande y ornamentación fastuosa, bañado en la sombra del batiente del arco, dejaba ver en su centro un luminoso óvalo de claridad rosada, en el cual se dibujaba la imagen de la Virgen como esas figuras que destacan, por oscuro, sobre el fondo de oro de las tablas de los maestros antiguos alemanes. La luz del transparente venía a dar sobre el muro de la derecha, sobre una amplia hornacina, en cuyo hueco se contemplaban dos figuras colosales de guerreros completamente armados, que, de rodillas y con las manos juntas, en actitud de orar, tenían sus ojos sin pupila vueltos hacia la imagen. La diáfana claridad del tabernáculo y la fantástica blancura de las estatuas absorbían de tal modo la atención, que al principio, y como no cesaba el murmullo de palabras que me había llevado hasta aquel sitio, me hice un momento la ilusión de que se escapaba de los labios de piedra de aquellos inmóviles personajes.

Poco a poco logré darme cuenta de lo que me rodeaba, y entonces vi a una mujer arrodillada al pie del sepulcro. Yo no he soñado esa mujer. Viva y sana anda por Toledo: hermosa, alta, severa, que parece una figura bajada del pedestal de un claustro gótico. La he visto después, en muchas ocasiones, en las iglesias, la mayor parte de ellas, en la calle algunas otras, y siempre me ha parecido extraordinaria, como conjunto maravilloso de líneas puras y correctas; pero nunca cual entonces pude sentir toda la inexplicable poesía que irradia y la hace aparecer encarnación humana del mundo de idealidad que vive en Toledo; flor pálida de las ruinas, que, en medio de su juventud y belleza, tiene algo de severo y triste, y se antoja un espíritu del pasado que viene al través de los siglos revistiendo diversas formas, y es como el alma inmortal de la ciudad muerta.

Yo tenía la noticia vaga de que en una de las iglesias de Toledo se hallaban los sepulcros del dulce poeta Garcilaso de la Vega y de su valeroso padre. ¿Dónde? No lo sabía. Esperaba encontrarlos en alguna de mis excursiones, y conocerlos, bien por la inscripción, bien por el carácter de las figuras. La hornacina en cuyo hueco estaban arrodilladas las dos estatuas carecía de inscripción; en el muro no se encontraba tampoco. No obstante, la armónica y misteriosa relación de los objetos

que componían el cuadro que se ofrecía a mis ojos, me reveló que aquellos eran los sepulcros del guerrero y del poeta.

Involuntariamente me acordé de la vega granadina y del sol espléndido que iluminó el famoso combate de Garcilaso, *el de la hazaña*, cuando en presencia de los Reyes Católicos hizo morder el polvo al infiel que por el polvo arrastraba el santo nombre de María. Este es, dije, aquel poeta en acción, que si no hizo versos, dió amplio asunto a la musa popular con su caballerosa empresa. ¿Es que ilustró su vida con una alta empresa, llevando por dama de su pensamiento a la Reina de los Angeles, donde podía dormir el sueño de la muerte, si no a la sombra de su altar, vestido de la armadura y vuelto aun hacia ella en muda y eterna oración? Y aquel otro, más alto y joven, a cuyos pies murmura aún sus rezos una mujer hermosa, ese, proseguí pensando, ese es el que cantó *el dulce lamentar de dos pastores*, tipo completo del siglo más brillante de nuestra historia. ¡Oh! ¡Qué hermoso sueño de oro su vida! ¡Personificar en sí una época de poesías y combates, nacer grande y noble por la sangre heredada, añadir a los de sus mayores los propios merecimientos, cantar el amor y la belleza en nuevo estilo y metro y, como más tarde Cervantes, y Ercilla, y Lope, y Calderón, y tantos otros, ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la acción y la idea y morir luchando para descansar envuelto en los jirones de su bandera y ceñido del laurel de la poesía a la sombra de la religión en el ángulo de un templo!

¡La luz de la lámpara que alumbra la santa imagen tiembla hace siglos sobre tu noble frente de mármol, y entre la sombra parece que aún chispea tu blanca y fantástica armadura! ¡Ni una letra, ni un signo que recuerde tu nombre! ¿Qué importa? ¡El curioso vulgar pasará indiferente junto a la tumba en que reposas; pero nunca faltará quien te adivine; nunca faltará alguna mujer hermosa que, arrodillada en ese rincón, tan propio para la oración y el recogimiento, venga a rezar a tus pies, regalándote el oído con la música de sus dulces y fervorosas palabras!...

En esto cerró la noche; la hermosa devota se levantó y se fué... andando sin duda... Aunque a mí me pareció que deslizándose sin tocar el pavimento de la iglesia, como una forma leve que empuja el aire. El sacristán, que había terminado su limpieza, comenzó a sonar el manajo de llaves, como diciéndome de modo indirecto que comenzaba a estorbar en el templo. Salí y me encaminé a la fonda. ¿Había visto, en efecto, el sepulcro de Garcilaso? ¿O era todo una historia forjada en mí mente sobre el tema de un sepulcro cualquiera? Tenía un medio de salir de dudas: consultar la guía del forastero en Toledo. Pero temía equivocarme. Después de todo, yo no trataba de hacer un estudio serio de la población, ni de pertrecharme de datos eruditos. Tanto me importaba creer que lo había visto como verlo.

No obstante, después de vacilar un rato, resolví salir de la duda; abrí el librito y leí: "En el convento de San Pedro Mártir, de Toledo, y en la capilla de la cabecera de la nave lateral derecha, en que hay un altar churrigueresco con la imagen (muy venerada en esta ciudad) de la Virgen del Rosario, se hallan empotrados en el muro los sepulcros del poeta Garcilaso de la Vega y de su valiente padre, del mismo nombre, cuyas dos estatuas de mármol, armadas a la antigua y arrodilladas hacia el altar, no carecen de mérito..." Ultimamente, los restos del ilustre soldado y poeta fueron conducidos en pública procesión a la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, donde esperan en un rincón de la sacristía la resurrección de la carne y un monumento en el panteón nacional.

NOTA.—Fracasada la idea del panteón nacional, los restos del dulce poeta y de su padre fueron llevados nuevamente a su primitivo enterramiento, en la iglesia de San Pedro Mártir, donde hoy reposan.



ÍNDICE

- Valeriano Bécquer.—Editorial "Arte Hispánico".
- 1 El Pregonero.
 - 2 El tiro de la barra. (Costumbres de Aragón.)
 - 3 La vuelta del campo. (Tipos de Aragón.)
 - 4 Las jugadoras. (Costumbres de Aragón.)
 - 5 La salida de la escuela.
 - 6 Las gallinejas. (Escenas de costumbres de Madrid.)
 - 7 Labradoras del valle de Amblés. (Tipos de Avila.)
 - 8 Pozo árabe de Toledo.
 - 9 Campesino del Burgo de Osma.
 - 10 Las segadoras. (Tipos de Soria.)
 - 11 Aldeano de Fuentetoba. (Tipo de Soria.)
 - 12 Leñadores de los pinares. (Tipos de Soria.)
 - 13 La ermita de San Saturio. (Soria.)
 - 14 El Santero. (Tipo de Soria.)
 - 15 El Pordiosero. (Tipo de Toledo.)
 - 16 Los seises de la Iglesia. (Catedral de Sevilla.)
 - 17 Los quintos en Avila.
 - 18 Pastor de Villaciervos. (Tipo de Soria.)
 - 19 Pastora de Villaciervos. (Tipo de Soria.)
 - 20 El cuento del abuelo.
 - 21 El día de Difuntos. (Alegoría.)
 - 22 La misa de alba.
 - 23 Los dos compadres.
 - 24 El sastre de aldea.
 - 25 Tipos vascos. (*Vascos*)
 - 26 Las segadoras.
 - 27 Un entierro en la aldea.
 - 28 Tipo marroquí.
 - 29 Procesión del Corpus. (Sevilla.)
 - 30 El mercado.
 - 31 La rondalla.
 - 32 El hogar.
 - 33 La bendición de la mesa.
 - 34 Monasterio de Veruela. (Claustro.)
 - 35 El Alcalde.
 - 36 Pescador vasco. *Vasco*
 - 37 Casa de los señores de Castrill. (Granada.)
 - 38 Procesión del Viernes Santo. (Toledo.)
 - 39 Una barricada.
 - 40 Un minarete.
 - 41 Mora en traje de fiesta.
 - 42 El hogar de una casa propiedad del duque de Frías. (Ocaña.)
 - 43 La sardinera. *Nota*
 - 44 El Médico de aldea.
 - 45 Sepulcro de Garcilaso de la Vega y su padre.
 - 46 Índice.
 - 47 Colofón.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE ÁLBUM
EN LA IMPRENTA ARTÍSTICA
SÁEZ HERMANOS, NORTE, 21,
MADRID, A XX DÍAS DEL
MES DE DICIEMBRE
DE MCMXXV
AÑOS

